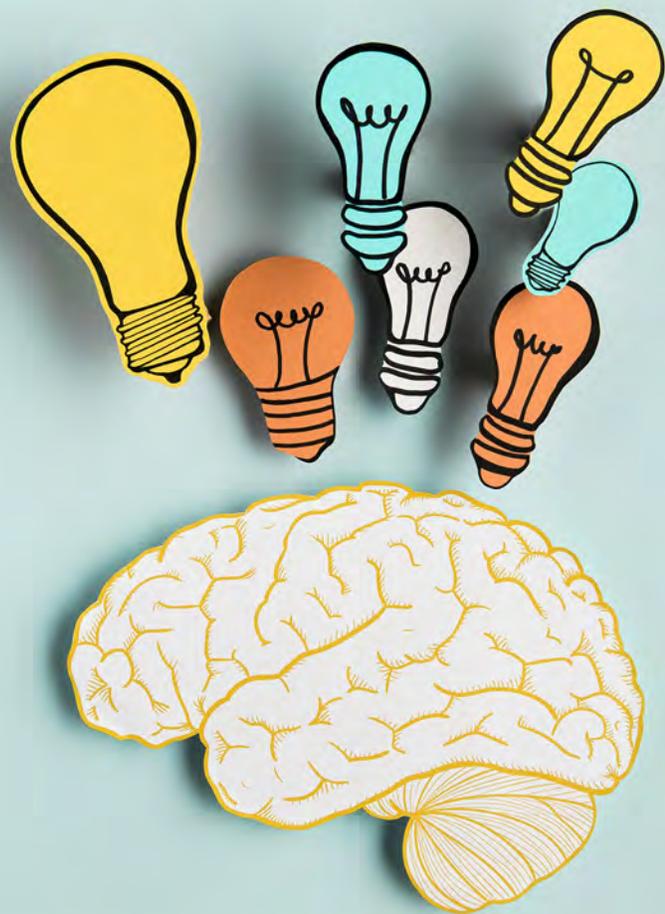


Esas loqueras de ser inventor (¿Cómo patentar algo?)



Raúl Ortiz Pulido

Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo

ortizrau@uaeh.edu.mx

orcid.org/0000-0001-9898-5386

Recibido: 24 de marzo de 2020

Aceptado: 10 de abril de 2020

Resumen

En este documento, a través de una entrevista al Dr. Santiago Filardo Kerstupp, inventor del estado de Hidalgo, México, se describe de una manera jocosa y relajada el proceso general que se sigue para patentar inventos.

Palabras clave: patente, invento, investigador, UAEH, Hidalgo.

Después de una llamada telefónica, en la que le expliqué mi intención de entrevistarle, me dijo: “¿Por qué no vienes de una vez?”. No cabía duda, el Dr. Santiago Filardo Kerstupp es muy accesible. Su cubículo, un espacio de tres por tres metros, con la parte superior hecha de cristal, está repleto de papeles y muestras de productos comerciales. Apenas hay espacio para caminar. Las paredes están decoradas con fotos de — después me enteraría — sus hobbies y de su hija, alguien a quien él adora. La impresión que me da el Dr. Kerstupp, al saludarlo, es de una persona inquieta, creativa y sencilla. El Dr. Kerstupp es un científico que combina características difíciles de hallar en una persona. Su labor de profesor,

Abstract

Here, through an interview to Dr. Santiago Filardo Kerstupp, an inventor from the state of Hidalgo, Mexico, the general process that is followed to patent inventions is described, in a humorous and relaxed way.

Keywords: patent, invention, researcher, UAEH, Hidalgo.

investigador y científico va a la par con la de inventor. No es común ver esta combinación en la ciencia mexicana. Él ha formado, como director de tesis, a más de 50 estudiantes en sus más de 30 años de carrera docente, ha publicado diversos trabajos de investigación y tiene en su haber tres patentes por sus inventos. “Tengo seis patentes en proceso”, me dice, “pero primero tengo que terminar ésta”, me indica, refiriéndose a un producto alimenticio contra la hipoglucemia. La hipoglucemia es un malestar que produce en los humanos ansiedad y shock insulínico, esto último expresado como desmayos. Este trastorno se presenta en personas que tienen problemas hepáticos, problemas con su consumo de alcohol y diabetes mellitus.



Edificio de Química en Alimentos, donde trabajó, como Profesor-Investigador, el Dr. Kerstupp, en el Instituto de Ciencias Básicas e Ingeniería de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, en Mineral de la Reforma, Hidalgo, México. Fotografía: Raúl Ortiz Pulido.

El interés del Dr. Kerstupp por los inventos inició desde pequeño. “¡Desde chiquillo fui muy creativo y muy inquieto! En aquel entonces soñaba con un aparatito con movimiento perpetuo”, me dice, y recuerda que jugaba con imanes buscando su objetivo. Me indica, con cara de desilusionado, “Era una falacia, porque el movimiento no lo puedes separar de la energía”.

Su espíritu de inventor, o de “hacer esas loqueras”, como él las llama, ha sido recompensado varias veces. La primera vez fue cuando le dieron su primera patente, por una caja, mientras trabajaba en La Suiza, una fábrica de dulces y chocolates. El proceso fue largo, pero ilustra parte de lo que debe pasar un inventor para patentar sus creaciones. Un día vio unas cajas de archivo muerto y pensó: “creo que sería mejor que las secretarías tuvieran una caja adecuada, del tamaño de los documentos”. Él continúa su historia diciendo: “Así se me ocurrió e hice una caja. Tenía yo, en aquel entonces, acceso a personas que manejaban muy bien lo del suajado”. El suajado, me explica, enseñándome una caja que tiene en su cubículo, consiste en hacer cortes a una lámina, comúnmente de cartón, para que, al doblarla por donde uno quiere, se forme una estructura predeterminada, como la caja que sostiene en sus manos. En aquel entonces, cerca del año de 1972, él le dijo al especialista en suajado: “Oiga, mire, yo tengo este invento, quiero que me haga una caja así”. El especialista se la hizo y obtuvo su “dommy”, nombre con el que se conoce la primera versión de un invento de este tipo. Alguien, al verlo, le sugirió que se la patentaran. “¡Y allí empecé a cabalgar con las patentes! Allí fue cuando empecé con las loqueras”, me dice, con la emoción saliendo de sus ojos.

La creación de la caja no fue un proceso simple, pero se combinó con uno de sus hobbies: la fotografía. Él me comenta que durante

su trabajo en La Suiza sacaba fotos de flores para los estuches de chocolate. “Como tenía que ver con los estuches [...] me metí a lo de las cajitas”.

El proceso de patentado de esta caja no fue fácil. “Hice mi primer dommy y me fui a la oficina de patentes”, me dice. Esta oficina se localizaba, como hoy, en la Ciudad de México. Allí descubrí, con pesar, que tenía que entregar muchos documentos, varios de ellos muy complejos de llenar, y que no tenía la menor idea de cómo hacerlo. Afortunadamente me encontré a una persona. No me acuerdo su nombre, pero era un viejito bien buena onda conmigo. Al principio, me puso cara de pocos amigos... pero no sé, a lo mejor un día le llevé unos pastes o algo, y lo sensibilicé”. El Dr. Kerstupp se refiere a unos bocadillos muy sabrosos comunes en el área de Pachuca, que datan de la época en que las minas de la zona eran explotadas por los ingleses. El viejito lo ayudó. “Me dijo, esto es así, vas a hacer esto... Yo me iba en las tardes con él... y por fin, ¡patenté!”. Su emoción no se oculta, y con razón, tener un logro así en México es un proceso complicado. Comúnmente lleva años lograrlo.

La experiencia con su segundo invento fue más compleja, aun cuando, desde mi perspectiva, era algo genial por su sencillez. “Tenía en la carrera un maestro, el Dr. Patiño. Trabajaba en la Colgate Palmolive. Este buen hombre decía que Colgate había ganado mucho dinero porque la gente era muy desperdiciada”. El Dr. Kerstupp me explica que en las pastas dentífricas comúnmente la gente no usa cerca del 20% del contenido, porque este queda pegado en las paredes del tubo y, como es difícil sacarlo, se desperdicia, pero que el costo va para el consumidor, porque las compañías, se use o no, venden ese 20%. “¡Entonces, se me ocurrió la palomita!” me dice y se emociona al decirlo, habla



Composición artística que representa uno de los inventos del Dr. Kerstupp, “La palomita” ahorradora de pasta de dientes. Fotografía: Raúl Ortiz Pulido.

con las manos. “Hace muchos años había unas latas de sardinas que traían una palomita para abrirlas, y de allí tomé la idea”. Me explica que la lata tenía en su tapa de metal una lengüeta a la que venía soldada una paloma a la que se daba vuelta para enrollar la lámina y abrir el empaque. “Pero con la pasta de dientes no podías tener lengüetita, entonces el chiste era hacer una palomita que encajara perfectamente”. Él se refiere a que esta paloma se debía deslizar horizontalmente al final de la pasta de dientes, sobre el primer doblado de tubo. “Y así hice mi invento”. Él me indica que, como en la ocasión anterior, necesitó que alguien le hiciera el molde. “Para esto había un señor de Toluca que fabricaba moldes de plástico. Este cuate era muy bueno para hacer eso, muy fino, porque tenía mucha curia. Hacen el molde en fierro, lo maquinan, todo atornillado, con terminaciones perfectas. Lo ponen en una maquina especial y te hacen lo que tú quieras. Yo le dije al señor: Oye, ¿por qué no me haces esta llave?

-¿Pa' qué?

-Para ahorrar pasta en los tubos dentífricos.

-Pues sí, te la hago.

... y un día me la hizo. Funcionaba muy bien”, concluye.

El doctor la llevó a patentar y después la estuvo vendiendo personalmente, en bolsitas de plástico. Pasaron los años y la vida le dio una sorpresa, cuando se comunicaron con él algunos empresarios. “Un día me hablan y me dicen”:

-¿Tu eres Filardo?

-Sí, yo soy.

-Cabezón nos hiciste una mala hazaña.

-¿Qué les hice?

-¡Por la cochinateda que inventaste han bajado las ventas como el 20%!.

Al decirlo baja la voz, como un niño que cuenta una travesura. Él me dice que sorprendido escuchó lo que le decían los empresarios, querían negociar. “Es donde entra mi papá. Él me dijo: no Santiago, aquí hay mucho dinero. Yo lo que quisiera es que veamos de qué estamos hablando”. Al recordar a su padre cruza los brazos, se pone cuadrado y habla muy solemnemente. “Él me ayuda, y con un estudio de pérdidas, considerando lo que la gente se ahorra en las pastas, les saca un buen billete [a los empresarios], y me lo dan”. Lo que ocurrió a continuación parece no dejar de sorprenderlo, a pesar de los años que han pasado. “Agarraron la patente y la destruyeron... y todo lo que fuera de ella... y no quisieron saber nada más de la palomita”. Él, haciendo la pantomima de romper un fajo de papeles, continúa: “¡Y rájale! Así como niños. Comprando, dando el billete, y ellos rasgando”. Él añade que al final le dijeron “... y dame todo lo que tienes de stock”. Si él hubiera conservado la patente todos los fabricantes de esa lengüeta le hubieran tenido que pagar regalías al doctor durante 20 años, que es lo que dura el uso personal de una patente.

Después de esa experiencia la vida le llevó a trabajar a varias empresas y finalmente llegó a la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, donde empezó a realizar investigaciones en química de alimentos. Allí se le ocurrió su tercera patente. “Me enteré que la gente ha usado por muchos años, debido a la cultura prehispánica, los xoconostles contra la hipoglucemia y el colesterol”. Me parece un trabalenguas, pero no, sus palabras encierran cultura y salud. Xoconostle es el nombre común con el que se conoce a una variedad de tuna en México. Por sus investigaciones él detecta que este alimento parece tener un efecto para controlar el azúcar y el colesterol en el ser humano. Cuando él comprendió esto, inmediatamente pensó que se podría obtener un beneficio de este descubrimiento si desarrollaba un producto. “Es entonces que [yo] desarrollo los polvos contra la hipoglucemia”. Para él era claro que, si dejaba las cosas así, sin patentarlas, se las iban a robar. Así que decidió patentarlas. “¡Y empiezo a escribir el rosario de Amozoc!” El doctor se refiere a que escribir una patente hoy en día requiere un



Imagen: macrovector_oficial / Freepik

conocimiento especializado y que para una persona normal es un proceso muy complicado. Contando con su mejor aliado, es decir su experiencia académica, elaboró dicho documento. “Lo escribí como si fuera un artículo y obviamente pa´trás, porque lo primero que me dicen es: oiga, en una patente lo primero que tiene que hacer es describir su patente, su producto, y luego lo más importante son las reivindicaciones”. Me explica que las reivindicaciones son la parte del documento en donde se indica por qué se quiere patentar y para qué sirve. “Pero, para decir eso se tiene que hacer todo un estudio que lo sustente”. Él me asegura que escribió y escribió hasta que por fin dominó la técnica que es “muy repetitiva y tediosa”, me asegura. Cuando le aceptaron su escrito, le pidieron que lo mandara al Tratado de Cooperación de Patentes (PCT, por sus siglas en inglés), para que allí hicieran una búsqueda de los últimos avances técnicos o el estado de la técnica, que es básicamente “una revisión bibliográfica”, es decir, lo que se sabe a nivel mundial sobre el tema del que trata el invento que se somete. En el PCT le dijeron que la patente se aprobaba, pero que necesitaban otro oficio suyo en el que comentara sobre el invento. “Ese nuevo escrito me lo aceptaron como comentarios informales”. Así, obtuvo su tercera patente.

Al tenerla se inició otro camino, al menos en el caso de productos como el xoconostle, pues hay que iniciar el proceso de pago de uso. Ese pago “es cuando hay que empezar a pagar a los países a donde se va a patentar” me dice el Dr. Kerstupp. Le pregunto

acerca del costo: “Pues de \$800 a \$1000 euros por país”. Dado que piensa pagar a cinco o seis países, concluyo que es un dineral ¡Y aún no estamos hablando de la comercialización, pues el pago es solo por los permisos! El Dr. Kerstupp me explica que, a partir de su obtención, para poder sacar el producto se necesita de un inversionista fuerte, que esté dispuesto a pagar más de cinco millones de pesos solo para comprar la patente.

En este punto ya no me cabe duda alguna que, aparte de accesible, el Dr. Kerstupp comparte algo con todos los científicos mexicanos: ¡la pasión por su trabajo! Pero, sorprendentemente, no es su única pasión, también le gusta disfrutar de su familia, la buena comida, los buenos vinos y los buenos paseos... además de la fotografía. Sin duda, esos son temas de los que sería bueno charlar con él en una próxima ocasión. 



HERRERIANA



Productos químicos almacenados en frascos en un laboratorio de química en la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.
Fotografía: Raúl Ortiz Pulido.